

Joseph Conrad

El pirata



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Rover*
Traducción de Eduardo Chamorro

Primera edición: 1985
Tercera edición: 2016

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Eduardo Chamorro
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1985, 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-027-9
Depósito legal: M. 18.075-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Capítulo 1
22	Capítulo 2
37	Capítulo 3
54	Capítulo 4
69	Capítulo 5
85	Capítulo 6
100	Capítulo 7
125	Capítulo 8
148	Capítulo 9
168	Capítulo 10
191	Capítulo 11
214	Capítulo 12
230	Capítulo 13
241	Capítulo 14
268	Capítulo 15
307	Capítulo 16

*A G. Jean Aubry en prueba de amistad
este relato de los últimos días de un
Hermano de la Costa francés.*

Tras el trabajo el sueño, el puerto tras los
mares procelosos, la calma tras la guerra,
la muerte tras la vida, placen mucho.

Spenser

Capítulo 1

Después de entrar, al amanecer, en la dársena interior del puerto de Tolón, y una vez que intercambió a voz en grito unos saludos con uno de los botes de ronda de la flota, que le dirigió hasta el punto de anclaje, el artillero mayor Peyrol largó el ancla del arruinado buque a su cargo entre el arsenal y la ciudad, en plena perspectiva del muelle principal. El curso de su vida, que a cualquier persona le hubiera parecido llena de incidentes maravillosos (sólo que a él jamás le maravillaron), le había hecho tan reservado que ni siquiera dejó escapar un suspiro de alivio ante el estruendo de la cadena. Y, sin embargo, así concluían seis esforzados meses de errática travesía a bordo de un casco averiado, cargado de valiosa mercadería, casi siempre escaso de comida, siempre a la espera de los cruceros ingleses, una o dos veces al borde del naufragio y más de una al filo del abordaje. Pero en cuanto a este último, el viejo Peyrol había decidido al respec-

to, y desde el primer momento, hacer saltar su valiosa carga por los aires, sin que tal decisión representara para él perturbación alguna de su espíritu, forjado bajo el sol de los mares de la India en desaforados litigios con gentes de su ralea por un pequeño botín que se desvanecía tan pronto se cobraba, o, más aún, por la simple supervivencia, casi igualmente incierta en sus altibajos, a lo largo de los cincuenta y ocho ajetreños años que ahora contaba.

Mientras su tripulación de espantajos medio famélicos, duros como el pedernal y ávidos como lobos de las delicias de la costa, pululaba por lo alto de la arboladura plegando las velas, casi tan gastadas y parcheadas como sus propias camisas mugrientas, Peyrol contempló los grupos que se formaban a lo largo del muelle para ver el nuevo arribaje. Se fijó particularmente en un buen número de hombres con gorros rojos, y se dijo: «Ahí los tienes». Entre las tripulaciones de los barcos que habían llevado la tricolor hasta los mares de Oriente, se contaban por centenares los que profesaban los principios *sans-culottes*; siempre los había considerado unos arrogantes y jactanciosos pordioseros. Pero ahora tenía ante los ojos la casta de los que se habían quedado en tierra. Aquellos que habían asegurado la Revolución. Los auténticos revolucionarios. Después de contemplarlos un buen rato, volvió a su camarote con la intención de arreglarse para desembarcar.

Se rasuró las grandes mejillas con una navaja inglesa auténtica de la que se había apropiado años antes en el camarote del oficial de un navío que, en la ruta comercial de la India, había sido abordado por el barco en el que

servía entonces. Se puso una camisa blanca, una chaqueta azul de cuello alto y botones metálicos y unos pantalones blancos que se ajustó con un pañuelo de colores a guisa de cinturón. Tocado con un sombrero negro y brillante, no cabía la menor duda de que se trataba de todo un jefe de presa. Llamó a un barquero desde la toldilla y se hizo conducir hasta el muelle.

Cuando lo alcanzó, se percató de que el gentío había aumentado. Peyrol dejó que su mirada vagara sobre él sin mostrar mayor interés, aunque, de hecho, nunca en su vida había visto tantos blancos ociosos reunidos para mirar atentamente a un marino. Pirata de los mares más remotos, Peyrol se había convertido en un extranjero en su propio país. Durante los pocos minutos que el barquero tardó en arrimarle a los escalones, se sintió como el navegante a punto de pisar una costa recién descubierta.

La chusma le rodeó de inmediato. La llegada de una presa capturada en aguas lejanas por una escuadra republicana no era un acontecimiento cotidiano en Tolón, y había dado lugar al desencadenamiento de insólitos rumores. Peyrol se abrió paso a codazos, pero sin conseguir desembarazarse de quienes le rodeaban.

—¿De dónde vienes, *citoyen*? —gritó de pronto una voz.

—Del otro lado del mundo —bramó Peyrol.

Sus seguidores no cejaron hasta que se encontró en la puerta de la Comandancia del Puerto. Allí se presentó a los oficiales adecuados como el jefe de la presa capturada a la altura de El Cabo por el ciudadano Renaud, comandante en jefe de la escuadra republicana en los mares de la India. Se le había ordenado poner proa a Dunquer-

que pero, según explicó, el encarnizado acoso de tres buques ingleses a lo largo de quince días, entre Cabo Verde y cabo Espartel, le había decidido a navegar hacia el Mediterráneo, donde, según lo que habían podido averiguar por un bergantín danés con el que se cruzaron, no había riesgo de topar con navíos de guerra británicos. Y aquí estaba, con los papeles de su barco y los suyos propios y con todo en orden. Mencionó también que se encontraba cansado de rodar por los mares y que ansiaba pasar un período de descanso en tierra firme. Pero mientras no se completaron los requisitos legales permaneció en Tolón, vagabundeando por las calles con paso sosegado, gozando de la consideración general hacia el ciudadano Peyrol y mirando a todo el mundo a la cara.

Su reticencia respecto a su pasado era de las que desencadenan un montón de historias misteriosas. Las autoridades marítimas de Tolón tenían, sin duda, una idea menos confusa sobre el pasado de Peyrol, aunque no por eso necesariamente más exacta. En las diversas oficinas que hubo de visitar para cumplir con sus obligaciones, los pobres amanuenses y hasta algunos jefes le miraban con prevención al verle entrar o salir, muy pulcramente vestido y siempre con una porra que solía dejar a la puerta de aquellos despachos a los que le llamaban para entrevistarse con uno u otro funcionario de *cordones dorados*. Pero Peyrol, que se había cortado la coleta y se había relacionado con algunos destacados patriotas jacobinos, prestaba poca atención a las miradas y murmuraciones de la gente. La persona que más cerca estuvo de alterar su compostura fue cierto capitán de la Marina, con un parche sobre un ojo y un raído uniforme, que desempe-

ñaba un trabajo administrativo en la Comandancia del Puerto. Levantando la mirada de los papeles que examinaba, ese oficial le comentó bruscamente:

—De hecho se ha pasado usted casi toda la vida rebañando los mares. Y sea lo que sea por lo que se haga pasar, usted ha tenido que ser, en un momento dado, un desertor de la Armada.

Las grandes mejillas del artillero Peyrol ni siquiera temblaron.

—Si algo hubo de esa índole, habría tenido lugar en la época de los reyes y de los aristócratas —dijo, sin alterarse—. Ahora me encuentro aquí para notificar una presa, de acuerdo con los documentos oficiales del ciudadano Renaud, con mando en los mares de la India. También puedo proporcionarle los nombres de unos buenos republicanos de esta ciudad que están al tanto de mis sentimientos. Nadie puede decir que yo haya sido un contrarrevolucionario. Es cierto que los cuarenta y cinco años que he navegado por los mares orientales podrían ser considerados como algo irregulares. Pero permítame observarle que fueron los marinos que se quedaron en casa los que hicieron posible la entrada de los ingleses en el puerto de Tolón. —Hizo una pausa y añadió—: Si uno tiene eso presente, *citoyen commandant*, considerará que cualquier pequeño desliz en el que yo y la gente como yo hayamos podido incurrir, hace veinte años y a cinco mil leguas de aquí, no puede tener mucha importancia en estos tiempos de igualdad y fraternidad.

—Por lo que se refiere a la fraternidad —subrayó el funcionario de ajado uniforme—, la única que le ha de resultar familiar debe de ser la Hermandad de la Costa.

—Excepto los niños y los pusilánimes, todo el mundo en el océano Índico ha pertenecido a ella —dijo el imperturbable ciudadano Peyrol—. Y poníamos en práctica los principios republicanos mucho antes de que se pensara en la República, pues todos los Hermanos de la Costa eran iguales y elegían a sus propios jefes.

—No eran más que una banda abominable de rufianes sin ley —afirmó ponzoñosamente el funcionario, recostándose en la silla—. No osará usted negarlo.

El ciudadano Peyrol decidió no adoptar una actitud defensiva. Mencionó, simplemente y en un tono neutro, que cumplía con lo que le habían encomendado ante la Comandancia y, en cuanto a sus inclinaciones, aquellos a quienes concernía le habían provisto del correspondiente certificado de civismo. Él era un patriota y eso le ponía a cubierto de cualquier sospecha. El funcionario le despidió con un gesto de cabeza y él recogió su porra y salió del edificio con el sosiego de una conciencia tranquila. Su rostro de facciones romanas no reveló emoción alguna ante los cuchicheos que su paso produjo entre los miserables plumíferos. Cuando salió a la calle, miró a la gente a la cara, como era habitual en él, pero esa misma tarde abandonó Tolón. No lo hizo porque se sintiera amenazado en modo alguno. A ese respecto su mente se encontraba tan serena como radiante su rostro. Nadie sabía lo que habían sido los cuarenta años o más que había estado en el mar. Él era el único que podía hablar de ellos. Y en cuanto a eso, no estaba dispuesto a decir más de lo que le había dicho al inquisitivo capitán con el parche sobre un ojo. Pero tampoco quería verse preocupado por ninguna otra razón, ni mucho menos verse, qui-

zá, alistado en la flota que se disponía a salir de Tolón. De manera que, al atardecer, cruzó la puerta del camino a Fréjus encaramado en una carreta de dos ruedas perteneciente a un conocido campesino que vivía en aquella dirección. Unos cuantos patriotas zarrapastrosos, que contrató en la calle con tal fin, se encargaron de colocar en la carreta sus efectos personales, y fue con ellos con quienes cometió su única indiscreción al pagarles su trabajo con un buen puñado de asignados. Pero partiendo de un marino de aspecto tan próspero, su generosidad no resultó comprometedora. Después, apoyándose en una de las ruedas, se subió a la carreta con un movimiento tan lento y cuidadoso que el campesino no pudo por menos de exclamar alegremente:

–¡Ah, ya no somos tan jóvenes... ninguno de los dos!

–Y yo además con esta condenada herida... –replicó el ciudadano Peyrol, dejándose caer pesadamente.

Y así, de carreta en carreta, avanzando envuelto en una nube de polvo entre muros de piedra y a través de pequeñas aldeas que le resultaban conocidas de los días de su infancia, en un paisaje de colinas pedregosas, rocas descoloridas y verdes olivos polvorientos, el ciudadano Peyrol siguió sin ninguna otra molestia, hasta bajarse torpemente en el patio de una posada en las inmediaciones de la ciudad de Hyères. El sol se ponía por la derecha. Cerca de un grupo de pinos oscuros, cuyos troncos se veían enrojecidos por el crepúsculo, distinguió un sendero trillado que se dirigía hacia el mar.

Ése era el punto en el que el ciudadano Peyrol había decidido abandonar la carretera principal. Cada uno de los rasgos del lugar, con sus oscuras elevaciones bosco-

sas, los amplios eriales pedregosos y los sombríos arbustos que surgían a su izquierda, le atraían con una suerte de extraña familiaridad, pues nada había cambiado desde los días de su infancia. Hasta los mismos surcos de los carros, profundamente tallados en el suelo de piedra, conservaban su propia fisonomía. Y a lo lejos, como una hebra azul, el mar de la rada de Hyères con una protuberancia añil, aún más allá, que era la isla de Porquerolles. Él tenía la idea de que había nacido en Porquerolles, pero, en realidad, no estaba muy seguro. La noción de un padre no tenía nada que ver con su conciencia. Lo único que recordaba de sus padres era una mujer alta, delgada, morena y harapienta que era su madre. Por entonces trabajaban juntos en una granja del interior y podía recordarla a retazos recogiendo aceitunas, quitando piedras de un campo o manejando el estiércol con una horca como si fuera un hombre, incansable y vigorosa, con mechones de cabello gris flotando alrededor de su rostro huesudo. Y también se acordaba de él mismo corriendo descalzo junto a una bandada de pavos, prácticamente desnudo. Por la noche, y con permiso del granjero, dormían en una especie de establo ruinoso, construido con piedras y con sólo la mitad del tejado, acurrucados juntos en el suelo, sobre un poco de paja. Sobre un haz de paja se había agitado su madre durante dos días hasta morir una noche. En la oscuridad, su silencio y la frialdad de su rostro le sobresaltaron de una manera espantosa. Suponía que la habían enterrado, pero no lo sabía a ciencia cierta, pues echó a correr empavorecido y no se detuvo hasta llegar a un punto de la costa llamado Almanarre. Los perros que vagaban por

la playa le aterrorizaron aún más y se escondió en una tartana en la que no había nadie. Unos cuantos sacos vacíos le parecieron un lecho magnífico y, absolutamente agotado, se quedó dormido como una piedra. La tripulación regresó en algún momento de la noche y la tartana zarpó hacia Marsella. Y entonces tuvo lugar otro susto espantoso, pues se vio arrastrado de repente por el cuello sobre la cubierta, donde le preguntaron quién diablos era y qué demonios hacía allí. Pero en aquella ocasión la fuga resultaba imposible. Sólo había agua a su alrededor y todo, incluida la costa, no muy lejana, se balanceaba de la manera más alarmante. Intentó explicar a aquellos tres barbudos que trabajaba en la hacienda de Peyrol, pues así se llamaba el granjero, y el niño ignoraba hasta su propio nombre. Como ni siquiera sabía hablar correctamente, lo más probable es que no atinara a hacerse entender. De manera que le adjudicaron el nombre de Peyrol y con él se quedó para toda la vida.

Ahí se detenían los recuerdos de su país natal, oscurecidos por otros en los que se encadenaban multitud de impresiones de océanos infinitos, el canal de Mozambique, árabes y negros, Madagascar, la costa de la India, islas, canales y arrecifes, combates en alta mar y pependencias en tierra firme, matanzas desesperadas, una sed inaudita, navíos de toda suerte, mercantes, fragatas y corsarios, hombres temerarios y juergas descomunales. En el curso de los años aprendió a hablar de forma inteligente y a pensar con coherencia e, incluso, hasta cierto punto, a leer y a escribir. El nombre del granjero Peyrol, asignado a su persona en reconocimiento a su incapacidad para dar razón de sí mismo, adquirió una cierta fama en los

puertos de Oriente y, más discretamente, entre los Hermanos de la Costa, esa fraternidad con algo de masonería y no poco de piratería en sus reglamentos. Las palabras República, Nación, Tiranía, Libertad, Igualdad y Fraternidad, así como el culto al Ser Supremo, doblaron el cabo de las Tormentas, que es también el de Buena Esperanza, a bordo de los barcos que venían de la patria: nuevos gritos e ideas que no alteraron el lento desarrollo de la inteligencia del artillero Peyrol. Parecían ser cosas de los hombres de tierra firme, de quienes Peyrol, el marino, tenía muy poca, por no decir nula, idea. Y ahora, tras casi cincuenta años de vivir en el mar, a uno y a otro lado de la ley, el ciudadano Peyrol contemplaba, en el patio de una posada caminera, el último escenario de su infancia. Lo que veía no le causaba animosidad sino confusión, pues no sabía muy bien cómo orientarse respecto al paisaje. «Debe de ser en esa dirección», pensó de una manera vaga. Decididamente, no seguiría el curso de la carretera... Unas pocas yardas más allá, la mujer de la posada le contemplaba bajo la impresión que producían las buenas ropas, las grandes mejillas afeitadas y el aire acomodado de aquel marino. Peyrol se percató súbitamente de su presencia. Por la ansiedad de su rostro, el gris de sus guedejas y su rústica apariencia, hubiera podido ser su madre, tal cual él la recordaba, con la salvedad de que aquella mujer no se cubría de harapos.

—¡Eh, *la mère!* —gritó Peyrol—. ¿No habrá un hombre que me ayude a meter mi baúl en la casa?

Se le veía tan dueño de sí mismo, tan autoritario, que la voz aguda de la mujer le respondió sin vacilación:

—*Mais oui, citoyen.* Estará aquí en un momento.

En la oscuridad crepuscular, el bosquecillo del otro lado de la carretera contrastaba con la serena claridad del cielo, y el ciudadano Peyrol contempló con la mayor apacibilidad posible el teatro de sus míseros comienzos. Aquí estaba, tras casi cincuenta años, y por lo que le rodeaba, parecía que hubiera sido ayer. No sentía cariño ni resentimiento; sólo una ligera alegría. Y lo que le pareció más divertido fue el pensamiento que entonces cruzó por su cabeza: si tuviera el capricho de hacerse con toda aquella tierra, podría comprar hasta el campo más distante, hasta más allá de donde el sendero se hundía en los eriales que bordeaban el mar, justo en el punto en el que la pequeña elevación del final de la península de Giens asumía el aspecto de una nube negra.

—¡Dígame, amigo! —preguntó con voz autoritaria al campesino de cabello enmarañado que aguardaba para cumplir su voluntad—. ¿Acaso no conduce ese sendero a Almanarre?

—Sí —respondió el campesino con el tono de un hombre poco acostumbrado a hablar—. A Almanarre y a la laguna que se encuentra donde termina la tierra, en cabo Esterel.

Peyrol escuchaba con su gran oreja peluda y plana. «Si yo hubiese permanecido aquí, hablaría como él», pensó. Y le preguntó en voz alta:

—¿Hay casas allá, donde termina la tierra?

—Una aldea... Nada, como quien dice. Unas cuantas casas alrededor de una iglesia y una venta donde antes le daban a uno un vaso de vino.

Capítulo 2

El ciudadano Peyrol permaneció en el patio de la posada hasta que la noche difuminó los detalles del panorama que contemplaba. Y una vez que la luz diurna se hubo apagado, él siguió mirando en la oscuridad, aunque lo único que distinguía era el blanco sendero que corría a sus pies y las oscuras copas de los pinos entre los que se hundía el camino al avanzar hacia el mar. No entró en la posada hasta que la abandonaron unos carreteros, que después de beber unas copas se alejaron en sus carretas de dos ruedas, cargadas de barricas de vino vacías, camino de Fréjus. La circunstancia de que no pernoctaran allí satisfizo a Peyrol, que cenó solo, en silencio, con una grave compostura que impresionó a aquella anciana que le recordaba a su madre. Terminada la pipa, y dueño de un candil con una vela, el ciudadano Peyrol subió a reunirse con su equipaje. La escalera crujió bajo sus pesados pasos como si llevara un fardo al hombro. Apenas

pisó la habitación, cerró los postigos cuidadosamente, como si temiera al relente de la noche. Después cerró la puerta con cerrojo y, sentándose en el suelo, con el candil colocado entre las piernas bien abiertas, comenzó a desvestirse, tirando la chaqueta al suelo y quitándose apresuradamente la camisa. El secreto de sus pesados movimientos se puso de manifiesto entonces: directamente sobre la piel –como lleva su cilicio el piadoso penitente– llevaba una especie de chaleco hecho con dos piezas de vela de barco, como si fuera un colchón cosido con bramante. Tres botones de cuero cerraban el pecho de la prenda. Los desabrochó y se desembarazó de los tirantes que impedían que aquella curiosa invención se desprendiera de sus hombros. Una vez desnudos su fuerte torso y sus brazos de piel blanca cubierta por una profusión de tatuajes, Peyrol inspiró profundamente para aliviar el agobio de su pecho, cuya piel enrojecida parecía haber soportado una cataplasma de sal y pimienta. Y no sólo el pecho del ciudadano Peyrol se ensanchó entonces hasta la plenitud de su capacidad atlética, sino que también se transformó su fisonomía, pues su grave expresión no era otra cosa que el resultado de la incomodidad física. No es grano de anís andar con las costillas oprimidas y con un montón de monedas extranjeras, de un peso igual al de sesenta o setenta mil francos en metálico, colgado de los hombros. La experiencia de Peyrol con el papel moneda de la República le había hecho preferir su equivalencia en metálico, aunque eso le obligara a acarrear mil o dos mil monedas. Las suficientes, en cualquier caso, como para justificar el capricho que le sobrevino cuando contemplaba el paisaje a la luz del cre-

púsculo de comprar toda aquella tierra en la que había nacido, con sus casas, bosques, vides, olivos, huertos, rocas y lagunas de agua salada. Todo lo que estaba a la vista, incluidos los animales. Pero la tierra no le importaba en absoluto. No deseaba poseer parte alguna de una tierra a la que no quería. Todo lo que deseaba era un rincón tranquilo y oscuro, a cubierto de la mirada de los hombres, en el que pudiera cavar un agujero para pasar desapercibido.

Un proyecto que convendría llevar rápidamente a cabo, según reflexionó. Uno no puede vivir indefinidamente con un tesoro pegado al pecho. Mientras tanto, aquel absoluto extranjero en su país natal, para quien llegar allí se había convertido en el más grande episodio de una vida aventurera, colocó su chaqueta sobre el chaleco enrollado y apoyó en ella la cabeza tras apagar la candela. La noche era cálida. El suelo de la habitación no era de baldosas, sino de tablas, y ése era un lecho en el que él no se sentía extranjero. Con su porra al alcance de la mano, Peyrol durmió profundamente hasta que los ruidos y las voces de la casa y de la carretera le despertaron, poco después del amanecer. Abrió los postigos y recibió la luz de la mañana y la brisa matinal con la satisfecha holganza que en un hombre de mar resulta inseparable del hecho de encontrarse en tierra firme. Nada inquietaba sus pensamientos, y aunque su fisonomía estaba lejos de parecer despreocupada, no tenía el aspecto de una profunda meditación.

Sólo la más pura casualidad le había llevado, en el transcurso de una travesía, a descubrir en el doble fondo de una gaveta del navío apresado dos bolsas con diversas

monedas: mohurs de oro, ducados holandeses, piezas españolas, guineas inglesas. El descubrimiento no le infundió duda alguna. Cualquier botín, grande o pequeño, era un hecho natural en su vida de filibustero. Y el que la fuerza de las cosas le hubiera convertido en artillero mayor de la Marina no tenía por qué dar lugar a que entregara su hallazgo a los condenados funcionarios de tierra firme, simples tiburones, hambrientos plumíferos que sólo aprovecharían su gesto en su propio beneficio. En cuanto a compartirlo con su tripulación (compuesta por malas personas), Peyrol era demasiado sabio como para hacer nada semejante. Una vez puestos al tanto, sus compañeros no habrían tenido el más mínimo escrúpulo en rebanarle el cuello. Un viejo corsario luchador, un Hermano de la Costa, tenía más derecho que nadie a ese botín. Así que durante el resto de la travesía pasó sus ratos libres encerrado en su camarote, confeccionando el ingenioso chaleco de vela con el que le sería posible trasladar su tesoro secretamente a tierra firme. Era una prenda voluminosa, pero sus ropas eran holgadas, y ningún miserable aduanero osaría poner las manos encima de un afortunado jefe de presa que se dirigía a la Comandancia del Puerto para presentar en ella su informe. El plan dio resultado. Sin embargo, la prenda secreta –que valía su peso en oro, literalmente– resultó más insoportable de lo que imaginara. Fatigaba su cuerpo y hasta deprimía su espíritu de algún modo. Eso le hizo menos activo y menos comunicativo y le obligó a tener siempre presente que debía mantenerse alejado de todo tipo de problemas –ya fueran pependencias, familiaridades o jolgorios promiscuos–. Tal había sido la razón de su anhelo